

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

GRANDE era el gusto que recibian el duque y la duquesa de la conversacion de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian, de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo, de la que Don Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que mas la duquesa se admiraba, era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviere encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio: y así, habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería, con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde, de finísimo paño; pero Don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado, pues, el esperado dia, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar, aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafren, aunque el duque no queria consentirlo; y, finalmente, llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo,

grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las bocinas. Apeóse la duquesa, y, con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el duque y Don Quijote, y pusieronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos, sin apearse del rucio, á quien no osaba desamparar por que no le sucediese algun desman; y apenas habian sentado el pié, y puesto en ala, con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí, crujendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quijote: lo mismo hizo el duque, con su venablo; pero á todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Solo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió á correr cuanto pudo, y, procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes, estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que, si aquel fiero animal allí llegaba, le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos que se le pusieron delante; y, volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina, y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete, que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: ¡tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban! Llegó Don Quijote, y descolgó á Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto, atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y, cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa, de su roto vestido, dijo: "Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.—

Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que, yendo á caza de montería, le comió un oso.—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto, que parece que no le habia de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.—Antes os engañais, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario, para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables; menoscábase el ocio y el sueño, corroboráanse las fuerzas, agilitáanse los miembros del que la usa; y, en resolucion, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie, y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que tambien es solo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh Sancho! mudad de opinion, y, cuando seais gobernador, ocupaos en la caza, y vereis cómo os vale un pan por ciento.—Eso no, respondió Sancho; el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa: ¡bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡así enhoramala andaria el gobierno! Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos mas han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es, en jugar al *trunfo envidado* las pascuas, y á los *bolos* los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion, ni hacen con mi conciencia.—¡Plega á Dios, Sancho, que así sea! porque, del dicho al hecho, hay gran trecho.—Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y mas vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: ¡no, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no!—¡Maldito seas de Dios y de todos sus Santos, Sancho maldito! dijo Don Quijote; y ¡cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan á sazón y tan á tiempo cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los querria escuchar.—Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son mas que los del Comendador griego, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir, que me dan mas gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con mas sazón acomodados." Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día, y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro que trujo consigo, ayudó mucho á la intencion de los duques;